

# «METERSE EN LA BOCA DEL LOBO». UNA APROXIMACION A LA FIGURA DEL «CARNASSIER» EN LA RELIGION IBÉRICA

Julio González : Alcalde\*  
Teresa Chapa Brunet\*

*RESUMEN.*—La iconografía del lobo como carnicero es frecuente tanto en el entorno mediterráneo como en el mundo céltico, asociándose siempre con el peligro y la muerte. Su figura también es habitual en los bronzes, estatuaria y cerámica ibérica, especialmente en los siglos III-I a.C. Se propone aquí que este animal cumple un papel importante en los ritos iniciáticos de paso, asociándose a las cuevas santuario y a las sepulturas.

*ABSTRACT.*—The image of the savage and carnivore wolf is often used as a symbol of danger and death in the Mediterranean and Celtic world. It is also frequently represented in Iberian bronzes, stone sculpture and figured pottery, especially between III-I centuries B.C. We suggest that this animal played an important role in some rites of passage, related with cult caves and burial.

*PALABRAS CLAVE:* Cultura ibérica. Religión ibérica. Ritos de paso. Iconografía del lobo.

*KEY WORDS:* Iberian culture. Iberian religion. Rites of passage. Wolf iconography.

## 1. INTRODUCCION

En varias ocasiones se ha resaltado la aparición del lobo en la iconografía ibérica, siendo relacionado por regla general con la simbología funeraria, y otorgándosele un papel similar al del león (Chapa 1986: 181-183). Sin embargo, el lobo debió ser, al contrario que esos felinos, un animal conocido de forma directa, y que, como hasta el presente, entraba en interacción continua con los recursos ganaderos de esos pueblos. Por ello pensamos que su papel en la religión ibérica tuvo que ser diferente, impregnado de un sentido religioso más popular y menos nobiliario o aristocrático que el del león.

En efecto, el lobo y sus sofisticados sistemas de caza, su carácter huidizo pero extremadamente peligroso, ha formado parte siempre de las leyendas de los pueblos pastores en un doble sentido, en el que a la vez se le admira y se le persigue hasta el exterminio. Los rasgos que le convierten en un competidor cualificado del hombre son apreciados por éste, que desea asumírselos y así alcanzar un mayor dominio sobre la naturaleza. Su importancia en el mundo ibérico ha sido recientemente analizada por Blanco (1993), quien señala certeramente algunos de los puntos que van a ser tratados aquí. Nuestro estudio, sin embargo, propone nuevas alternativas, incluyendo la figura del lobo no sólo en los ritos funerarios o totémicos, sino especialmente en las ceremonias de iniciación, que

debieron tener lugar en el mundo ibérico al igual que en otras sociedades mediterráneas del momento.

## 2. LA FIGURA DEL LOBO EN EL MUNDO MEDITERRANEO

Tanto en Grecia como en la Península Itálica, la figura del lobo formaba parte de rituales diferentes, pero complementarios en su valoración de este carnívoro. Por regla general, podemos encontrar al lobo en cuatro ámbitos principales: asociado a una divinidad, como animal funerario, participando en ceremonias de iniciación, y como representante totémico de un grupo. Analizaremos estas vertientes, muy difíciles a menudo de delimitar, pero que se dan reiterativamente en estos ámbitos del Sur de Europa. Ello nos ayudará a conformar la imagen que a nuestro juicio tuvo el lobo en el área ibérica.

En el mundo griego el lobo se relaciona con Zeus y Apolo, si bien en el primer caso la vinculación original se debía únicamente a que el santuario de Zeus se emplazaba en el «Monte del Lobo», en Arcadia (Blanco 1993: 92). Con el curso del tiempo, sin embargo, la figura de Zeus Lykaíos adquirió fuerza e hizo olvidar este nexa prácticamente casual. Apolo estaba relacionado más claramente con este animal, y si bien esto tuvo un débil reflejo en la iconografía, tanto en Argos como

\* Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid.

en Delfos, leyendas y rituales vinculaban constantemente al depredador y a la divinidad. Los argivos gustaban de relacionarse con el lobo, y eran así conocidos entre otros pueblos, realizando incluso sacrificios de lobos, y empleando la figura de este animal en sus monedas como símbolo de la ciudad, en una clara identificación étnica de tipo totémico (Blanco 1993: 93).

Las ceremonias de iniciación eran un elemento importante en estos lugares. Como en todo rito de paso (Van Gennep 1981), se trataba de que el joven se sometiera a una serie de pruebas, algunas de ellas terribles, en una atmósfera distinta de la habitual. Los rituales eran conducidos por un sacerdote que habitualmente adoptaba forma mixta, convirtiéndose en «licántropo» u hombre-lobo, y utilizando para ello máscaras y pieles (Moreau 1992: 197). El éxito en esta misión suponía la muerte a un estado anterior, y la transformación del neófito en un individuo con un conocimiento nuevo, y unas cualidades apreciables dentro de la sociedad en la que se integra. El escenario en el que se desarrolla este proceso es escogido cuidadosamente, y en él tienen una importancia primordial las cuevas y el agua. En Arcadia los aspirantes se sumergían en un lago que debían cruzar a nado para, una vez llegados a la otra orilla, sufrir la metamorfosis que les permitiría formar parte de las sociedades de iniciados. Plinio (NH, XIII, 81) y Pausanias (VIII, 2,6) relatan que, en caso de comer carne humana, los que participaban en estos rituales, nunca volvían a ser hombres, sino que permanecían siempre como lobos. Las ceremonias en ocasiones se celebraban en el interior de cuevas, tradicional refugio de estos animales. En Creta, y además del santuario que Zeus Lykaíos tenía en el Monte Ida, existían una serie de cavidades en las que se depositaron ofrendas relacionadas con estas creencias. Chipre y Asia Menor fueron también testigos de cultos similares (Maluquer 1981: 214-215).

En la Península Itálica, los hirpinos del área meridional también se identificaron con el lobo, lo que se aprecia en su propio nombre («hombres del lobo») y en el uso de esta figura en sus estandartes. Mas al norte, en el Monte Soracte, junto a la Vía Flaminia, se desarrollaba el ritual iniciático de los hirpinos al dios subterráneo Sorano. Servio relata que los pastores siguieron en una ocasión a unos lobos que recogieron las vísceras de los animales sacrificados, dirigiéndose después hacia una cueva de olor insoportable (Blanco 1993: 95). Los oficiantes fueron desde entonces sacerdotes asociados al lobo, y una de sus particularidades era la danza, que realizaban con los pies descalzos pisando brasas, en un rito que se puede relacionar con el infierno y adquiere caracteres chamánicos (González Wagner 1989: 90). La famosa Tumba del Orco de Tarquinia presenta en la primera de sus tres cámaras un ser alado con orejas de lobo, y pico de rapaz, acompañado por serpientes. En otro lugar de la sepultura, un personaje cubierto con piel de lobo ha sido interpretado como el Hades etrusco, vinculado por tanto indudablemente con el mundo de la muerte. Las urnas de Volterra, Perugia, Chiusi o Pisa reproducen un pozo del que emerge una figura de lobo o de hombre-lobo. Varios hombres intentan evitar esta aparición, bajo la atenta mirada de la diosa Vanth (Anziani 1910: 258). El lobo se relaciona con divinidades in-

fernales (Pallotino 1952), y Cerbero, como guardián del Hades, es representado a veces como lobo.

La participación del lobo en rituales populares se observa con claridad en Roma, donde una loba de fábrica etrusca se colocará en el Capitolio y se relacionará con la supervivencia de Rómulo y Remo. También en Roma se celebraban en Febrero las Lupercalias, con la finalidad de proteger al ganado de los ataques de los lobos. El lugar era la cueva Lupercal, en la ladera del Palatino, donde se veneraba a Fauno, divinidad de los bosques y protector de los rebaños. Durante el transcurso de la fiesta, los mozos bailaban y azotaban a las jóvenes que se acercaban con tiras de las pieles de los animales sacrificados. De esta manera se pretendía favorecer la fertilidad (Blanco 1993: 96).

Muerte, iniciación, identificación étnica y relación con la divinidad para propiciar sus favores, son todos elementos que juegan su papel en este contexto, en el que el lobo es un elemento salvaje y temible, asociado a las cuevas y a las aguas, lugares que simbolizan una transición entre dos mundos. Como veremos, es posible que estas concepciones jugaran un papel importante en el ámbito religioso ibérico.

### 3. EL LOBO EN EL MUNDO IBERICO

Aunque es probable que alguna divinidad se relacionara o fuera ocasionalmente representada bajo la figura de este carnívoro, desconocemos por el momento los detalles del panteón ibérico. No obstante, creemos que pueden apuntarse otros usos del lobo en la religión popular ibérica.

a) *Función funeraria*: En el ámbito de las necrópolis existen algunas representaciones escultóricas que recurren al lobo como expresión del simbolismo funerario. El caso más antiguo es seguramente el de Porcuna, donde este animal ataca a un herbívoro, en una composición habitual en el ámbito mediterráneo. La figura aquí forma parte de una composición más amplia, y no parece ser protagonista, sino complemento de la acción (Negueruela 1990: 258-260). Su fecha, dentro de los primeros compases del s. V a.C., la separa de las obras restantes, que pertenecen a un momento más tardío, fechable a partir del s. III a.C. en adelante, y que pensamos se enmarcan en una consideración diferente.

Entre estas figuras merecen citarse las de Osuna en Sevilla (García Cano y Page 1983) o Pradana en Córdoba (Chapa 1986: 113-114). En los tres casos parece que nos encontramos ante esculturas, en relieve o exentas, que actuaban como señalización o decoración de tumbas. En todas ellas la iconografía es dudosa, ya que los rasgos de lobo o perro se mezclan con los del león, precisamente porque su funcionalidad o simbolismo debió ser similar. Se trata por tanto de un animal fiero, temible, que protege al difunto amenazando al profanador, y que revela el carácter especial del individuo o la familia a la que pertenece el monumento. Lo mismo sucede en el caso de la curiosísima loba del Cerro de los Molinillos de Baena, en Córdoba (Blanco 1960; Chapa 1980: 533-7) (fig. 2.5), que sujeta a una presa mientras da de mamar a una de sus crías. La técnica de fabricación re-

vela una fecha tardía, dentro ya del período republicano, pero en ningún caso mejor que en éste se refleja la idea básica que subyace a la iconografía relacionada con la muerte y el ciclo vital. Matar para vivir, morir para dar vida, en una rueda constante de regeneración. Finalmente, la magnífica caja caliza de Villargordo, en Jaén (Chapa 1979), debió ser un recipiente funerario, en el que se incluyeron los restos del difunto, y probablemente su ajuar. Nada de esto ha llegado hasta nosotros, pero la figura del lobo de brazos y manos humanas es quizás una de las más significativas para este trabajo que estamos desarrollando, ya que podemos estar ante un personaje propio de estos rituales anteriormente descritos: un hombre lobo, personaje clave del proceso de iniciación. Sobre esto volveremos más adelante.

Varios elementos de metal recurren también a las cabezas de lobo como tema central de su decoración simbólica. Entre ellos destacan dos páteras, las de Tivissa (Raddatz 1969, lám. 75) y la de Santisteban del Puerto (Grñó y Olmos 1982). En este último caso la compleja decoración interior, con centauros y erotes, repite escenas de clara connotación funeraria, si bien el contexto original de la pieza nos es desconocido. Las fauces del lobo albergan a una cabeza humana, apreciándose también las manos en gesto ritual. Se ha interpretado que la fiera introduce al difunto en el más allá (Olmos, Tortosa, Iguácel 1992: 150), o que un ser humano va cubierto con la piel de un lobo (Blázquez 1955-6: 126). En cualquier caso, la muerte y el lobo quedan estrechamente vinculadas en este ejemplo, en el que participan seres fantásticos ejecutando acciones propias de un ritual funerario.

También pudieron relacionarse con una sepultura los conocidos bronce de Maquiz (Almagro 1979: 179-184), elementos de carro en los que de nuevo se unen figuras humanas y lobos, de modo que, según el ángulo desde el que se contemplan, aquéllas participan de algunos de los rasgos del carnívoro (fig. 2.2). Este último se asocia asimismo a un universo mítico, en el que hombres, jabalíes e hipocampos forman afrontamientos rituales (fig. 1).

b) *El lobo como emblema*: Si bien tenemos pocos ejemplos que nos permitan plantear esta posibilidad, lo cierto es que el uso de un determinado animal como decoración central de escudos o pectorales supone una elección consciente que tiene indudables connotaciones en el ámbito bélico. Muchas veces se ha repetido que tanto el torso de guerrero de Elche (Chapa 1980: 168) -considerado por Maluquer (1981:215) como un Zeus Lykaíos-, como el escudo que porta la Minerva de Tarragona (Grünhagen 1976) llevaban una cabeza de lobo para ahuyentar al enemigo y mostrar el peligroso carácter de su poseedor. Ciertamente, esto debió ser así, pero en el contexto general de este trabajo debemos preguntarnos si no existiría algún tipo de identificación tribal o familiar con este animal, a la manera que hemos visto en otros contextos mediterráneos, especialmente itálicos (Blanco 1993). De hecho, es posible que ciertos temas de la escultura funeraria, que se repiten en áreas restringidas pudieran corresponder a imágenes representativas o empleadas por grupos étnicos determinados (Chapa, en prensa).

Este aspecto queda reforzado por el hecho de la aparición del lobo en las monedas de determinadas loca-

lidades. Siempre se ha considerado que la iconografía elegida por una ceca para identificar sus monedas es un buen delimitador étnico. En la Península, tanto la ceca de Iltirta, en Lérida (Vives 1926: 186, ceca 96), como la de Iltiraca, en el alto Guadalquivir (Gómez Moreno 1962: 85), incluyeron al lobo en sus acuñaciones, y podemos suponer que entre las poblaciones emisoras este cánido tuviera una significación especial, identificándose con sus pobladores o con ciertas leyendas o advocaciones locales (Villaronga 1969-70: 259).

c) *El lobo en el ritual iniciático*: Algunas representaciones del lobo o carnassier en la cerámica ibérica mueven a pensar si no tendría este animal un protagonismo en ciertos cultos, y si éstos no podrían vincularse, como en otras áreas, a ritos de iniciación. Junto al ave rapaz, el lobo es uno de los temas característicos de la cerámica Elche-Archena (Menéndez 1988), aunque no exclusivo de ésta, ya que en zonas como Valencia o Teruel la figura no es ni mucho menos desconocida. Centrándonos en el área del Sureste, Lillo (1988: 140) sostiene que es en la zona Segura-Vinalopó donde se han encontrado la mayoría de las cerámicas ibéricas con representaciones pictóricas en las que interviene el lobo. Un buen ejemplo es el vaso de Peña Rubia, en el que dos lobos, macho y hembra, en una rara alusión al dimorfismo sexual, van asociados a símbolos que pudieran ser astrales (Lillo 1988: 140).

Una pieza clave es, sin embargo, la llamada «diosa de los lobos», representación pintada sobre una urna ovoide, que fué encontrada en la cueva-santuario ibérica de la Naríz, en Umbría de Salchite (Moratalla) (fig. 2.1). Se trata de una figura femenina con un rostro muy esquemático, que pudiera ser una máscara. Está representada de pie junto a un árbol, en una clara asociación con motivos vegetales, que se repetirá de forma habitual en estas cerámicas. Levanta sus brazos, que son cuerpos de lobo, probablemente porque van enfundados en pieles de este animal. Cuatro carniceros flanquean a este personaje, que se encuentra de pie -quizás saltando- sobre un mueble que ha sido interpretado como un escabel o taburete cubierto por una piel (Lillo 1983: 773; Ruano 1992: 45), si bien puede interpretarse de forma alternativa, como veremos a continuación.

En este caso estamos ante un ejemplo de asociación de cultos en los que intervenía el lobo en el marco de una cueva santuario, en la que además se cumple la vinculación antes citada con el agua, ya que en su interior, un pilón servía para recoger las precipitaciones que se llegaban a filtrar. Hay que hacer notar la aparición de un canino perforado de este carnívoro, recuperado en la misma oquedad. Probablemente estamos ante la representación, única por el momento, de un personaje, humano o divino, relacionado con este depredador. Sea cual sea su carácter, se encuentra dentro de un marco religioso, en el que la figura humana domina a la figura del lobo, asumiendo alguno de sus rasgos. Este aspecto es el característico de las divinidades y de los maestros de la iniciación, y al que aspiran los neófitos, que desean asimilar el poder del depredador. En este sentido, y si el ritual se realizaba con pautas parecidas a las de otras áreas mediterráneas, el «mueble» situado bajo el personaje podría perfectamente ser un bra-

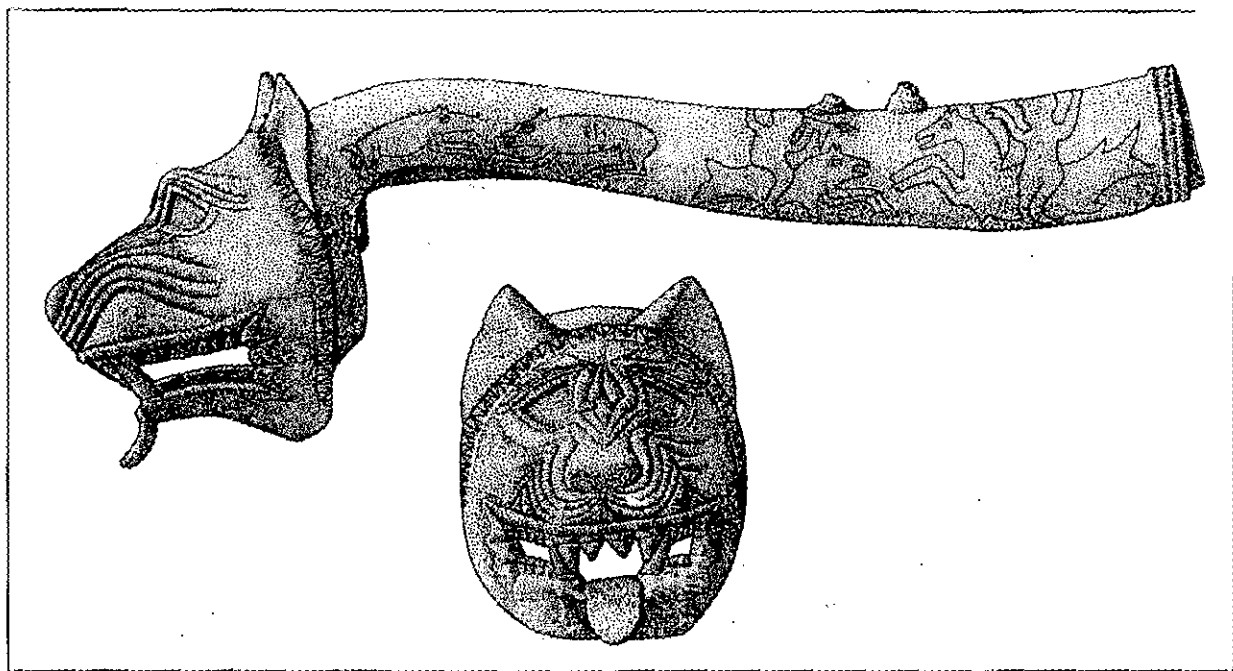


Fig. 1.—Bronce de Maquiz (según M. Almagro).

sero, sobre cuyas ascuas estuviera saltando. Esto explicaría las líneas cortas verticales y los dientes de lobo que fueron interpretados como indicios de pieles.

La idea de la iniciación relacionada con el lobo ya ha sido expuesta con ocasión del análisis de otra pieza cerámica: el vaso procedente de La Alcudia de Elche en el que un joven ase de la lengua a un enorme carnicero (Pericot, 1979: 100, fig. 126). Es preferible reproducir el texto de una reciente descripción, que encaja perfectamente con la idea aquí expuesta: «Es un adolescente imberbe: sus cabellos son largos y viste una túnica muy corta y sin ceñir. No ha obtenido aún el cinturón de la edad adulta.... El joven lleva un venablo, pero no lo utiliza y coge la lengua del animal pues es necesario demostrar su valor mediante el contacto físico con la fiera.... Es un rito iniciático en soledad: el adolescente saldrá vencedor del bosque. Será modelo de jóvenes» (Olmos, Tortosa, Iguácel 1992: 145). La imagen puede ser interpretada de diversas maneras (Blanco 1993: 87), pero consideramos que ésta es la más adecuada, y la que nos permite abordar la presencia del lobo desde un punto de vista religioso y popular (figs. 2.3 y 2.4).

#### 4. SIGNIFICACION DEL LOBO EN EL CONTEXTO RELIGIOSO IBERICO

El lobo debió tener para los iberos, como para otros pueblos del Mediterráneo, una doble valoración. Por un lado, era el depredador temido, el ser aborrecible que robaba y devoraba cabezas de ganado, principal fuente de riqueza y una de las bases de la economía de los pueblos mediterráneos. En este contexto el lobo se presentaba como un expoliador, al que sin dudarlo un instante había que cazar para impedir que continuara diezmando los rebaños (Grande del Brío 1984: 13). Por otra parte, el lobo

pertenecía al grupo de animales que atacaban en manada, con astucia y eficacia, por lo que era temido y respetado. Se relacionaba con la noche, y por lo tanto, con lo oscuro, por lo que no es extraño la vinculación que tenía con el ultramundo, como ser infernal que representa a la muerte. Mediante rituales de carácter mágico se conseguiría asimilar su fuerza y habilidad como depredador, y de esta forma se adquirirían esas cualidades y la capacidad para enfrentarse a él con éxito (Eliade 1982: 359).

Pero el lobo como guardián del Hades tiene una simbología que va mucho más allá de la mera representación de un animal devorador de ganado, al que hay que dominar para bien de la economía pastoril. En este contexto, es un animal con el que se identifica el sacerdote-chamán, y que cumple un papel destacado en los procesos de iniciación. A estos rituales se someten aquéllos que desean alcanzar un estatus diferente, más elevado, dentro del grupo social. Las ceremonias tendrán lugar en parajes especiales, como las cuevas, quizás uno de los lugares en los que mejor se entiende el proceso de acercamiento a las entrañas de la tierra, como lugar infernal. El lobo conduce al neófito y le somete a unas pruebas que simbolizan su muerte a la vida anterior, y su transformación en un hombre nuevo. Una vez cumplidas satisfactoriamente, el joven ha vencido al lobo y a lo que representa, asumiendo su poder y sus cualidades.

No tenemos constancia escrita de la existencia de estos procesos en el mundo ibérico. Sin embargo, tenemos una serie de elementos a nuestra disposición que nos pueden ayudar mucho a la hora de trazar paralelismos entre los cultos subterráneos en la Península y en otros lugares del Mediterráneo. Por una parte, las cuevas-santuario, en las que se depositaron materiales de carácter ritual, pueden ser interpretadas en clave de procesos iniciáticos. La mayor parte de ellas son de acceso difícil, y con recorridos subterráneos largos y peligrosos, al final

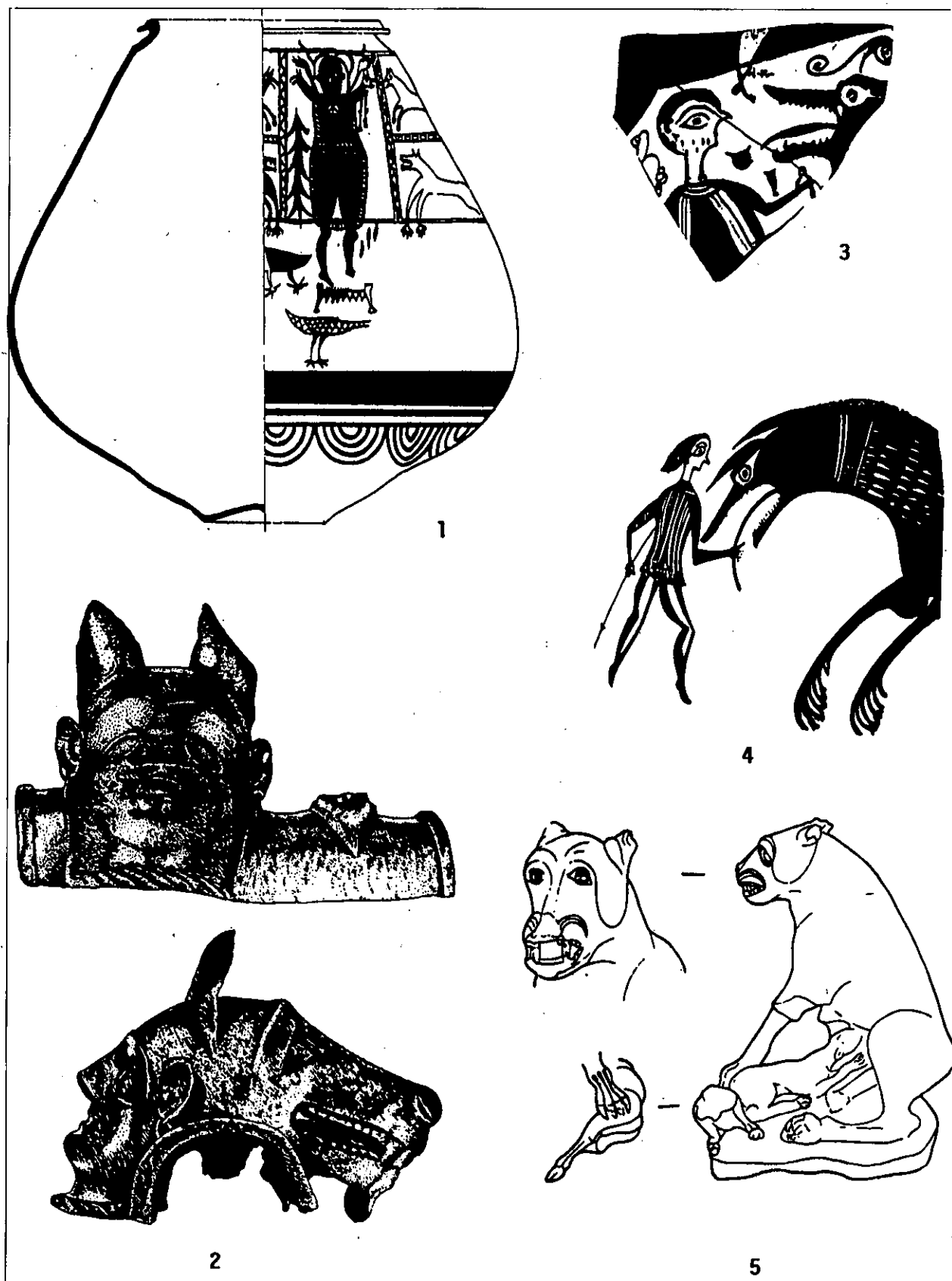


Fig. 2.—1. «Diosa de los lobos» de la Umbría de Salchite (según Lillo); 2. Bronce de Máquíz (según Almagro); 3-4. Dibujos sobre cerámica de La Alcudia de Elche (según Kurtz); 5. Escultura de loba del Cerro de los Molinillos, Córdoba.

de los cuales se encuentran objetos como los vasos caliciformes, asociados a las ofrendas de agua o otros líquidos. El agua como elemento purificador fue un ingrediente ritual reconocido en época ibérica (Ruiz Bremón 1989), y en las cuevas-santuario estos vasos aparecen junto a los ríos, lagos o gourgs del interior.

Por otro lado, la presencia del lobo está bien atestiguada en la época ibérica plena y tardía, tanto en su papel como devorador de hombres y rebaños —animal infernal— como en el de protector o representativo de algunos personajes. El uso de la piel de lobo como máscara o cubrición puede estar presente en la pátera de Santisteban del Puerto y en dos de los bronces de Maquiz. En el primer caso, un individuo está literalmente «metido en la boca del lobo», lo cual puede simbolizar al hombre atrapado por la muerte o protegido por el animal, debido a que ha participado en rituales vinculados con este personaje. Un ejemplo aún más claro es el de la caja de Villargordo, donde el lobo adquiere caracteres humanos. Blanco (1993: 92), propone que esta representación alude a un carácter sacerdotal o nobiliario, y probablemente esta acepción —maestro/lobo, o protegido por el lobo— tuviera sentido en esta sepultura.

La representación pintada encontrada en la cueva-santuario de la Nariz (Umbría de Salchite, Murcia) permite enlazar ambos mundos. El personaje flanqueado

por lobos y portador de pieles de este carnívoro está quizás saltando sobre las brasas que conforman una parte coherente del ritual. Esta «diosa de los lobos» (Lillo, 1983) se vincularía con los procesos iniciáticos, y tendría relación con el mundo de los muertos, del que el aspirante debe salir victorioso y transformado.

El lobo es, pues, una figura relacionada con el más allá, en el sentido de animal funerario, asociado al mundo de los muertos y guardián del mismo. En los rituales iniciáticos, el maestro-lobo recibe a los jóvenes, que deben morir a una vida anterior para alcanzar otra posición o estatus dentro del grupo social al que pertenecen. Estas ceremonias pudieron llevarse a cabo en las cuevas, como entradas simbólicas en el más allá, llenas de posibles riesgos.

Como es lógico, no consideramos que las cuevas estuvieran únicamente destinadas a estos cultos, puesto que indudablemente fueron empleadas con fines muy diversos. También es más que probable que en áreas diferentes los ritos de iniciación se desarrollaran en otros escenarios. Esta propuesta, en cualquier caso, intenta conectar una evidencia parcial y poco conocida, pero que resulta plausible teniendo en cuenta las características del registro arqueológico, la organización socio-económica del mundo ibérico y los paralelismos mediterráneos, más expresivos y mejor conocidos.

## BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO BASCH, M. (1979): Los orígenes de la toréutica ibérica. *Trabajos de Prehistoria* 36: 173-211.
- ANZIANI, D. (1910): Démonologie étrusque. *Melanges d'Archeologie et d'Histoire*, t. XXX: 257-277. Ecole Française de Rome. Paris.
- BLANCO, A. (1960): Orientalia II. *Archivo Español de Arqueología* XXXIII: 3-43.
- BLANCO, A. (1993): El carnassier de Elche. *Homenaje a Alejandro Ramos Folqués*. CAM. Fundación Cultural. Elche: 85-97.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1955-6): La interpretación de la pátera de Tivissa. *Ampurias*: XVII-XVIII: 111-140.
- CHAPA, T. (1979): La caja funeraria de Villargordo (Jaén). *Trabajos de Prehistoria* 36: 445-458.
- CHAPA, T. (1980): *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*. Ed. Universidad Complutense de Madrid. 2 vols.
- CHAPA, T. (1986): *Influjo griego en la escultura zoomorfa ibérica*. Iberia Graeca 2. C.S.I.C. Madrid.
- CHAPA, T. e.p.: El uso de la escultura como elemento definidor del territorio. *Coloquio Iconografía Ibérica. Iconografía Itálica: Propuestas de interpretación y de lectura*. CSIC. Roma.
- ELIADE, M. (1982): *Chamanismo y técnicas arcaicas del éxtasis*. Méjico.
- GÓMEZ MORENO, M. (1962): *Escritura bástulo-turdetana*. Madrid.
- GARCÍA CANO, J.M. y PAGE, V. (1983): Un nuevo relieve zoomorfo procedente de Osuna (Sevilla). *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología* (Murcia, 1981): 789-794. Zaragoza.
- GRANDE DEL BRIO, F. (1984): *El lobo ibérico*. Madrid.
- GRINÓ, B. y OLMOS, R. (1982): La Pátera de Santisteban del Puerto (Jaén). *Estudios de Iconografía I. Catálogos y Monografías del Museo Arqueológico Nacional*. 13-122. Madrid.
- GRÜNHAGEN, W. (1976): Bemerkungen zum Minerva-Relief in der Stadtmauer von Tarragona. *Madrid Mitteilungen* 17: 209-225.
- LILLO, P. (1983): Una aportación al estudio de la religión ibérica: la diosa de los lobos de la Umbría de Salchite, Moratalla (Murcia). *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología* (Murcia, 1981): 769-788. Zaragoza.
- LILLO, P. (1988): Una pareja de lobos en la cerámica pintada ibérica. *Anales de Prehistoria y Arqueología* 4: 137-147. Murcia.
- MALUQUER, J. (1981): El peso del mundo griego en el arte ibérico. *La Baja Epoca de la Cultura Iberica*. Asociación Española de Amigos de la Arqueología: 203-218. Madrid.
- MENÉNDEZ, M. (1988): *La cerámica ibérica de estilo Elche-Archena*. Universidad Complutense. Madrid.
- MOREAU, A. (1992): Initiation en Grèce Antique. *Dialogues d'Histoire Ancienne*: 191-244.
- NEGUERUELA, I. (1990): *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)*. Ministerio de Cultura. Madrid.
- OLMOS, R., TORTOSA, T., IGUACEL, P. (1992): *La sociedad ibérica a través de la imagen*. Ministerio de Cultura. Madrid.
- PALLOTINO, M. (1952): *La peinture étrusque*. Génova.
- PERICOT, L. (1979): *Cerámica Ibérica*. Barcelona.
- RADDATZ, K. (1969): *Die Schatzfunde der iberischen Halbinsel vom Ende des Dritten bis zur des Ersten Jahrhunderts vor Chr. Geb.*. *Madrid Forschungen*. Band V. 2 vols. Berlín.
- RUANO, E. (1992): *El Mueble Ibérico*. Madrid.
- RUIZ BREMÓN, M. (1989): *Los exvotos del Santuario Ibérico del Cerro de los Santos*. Albacete.
- VILLARONGA, L. (1969-70): Las monedas de Itirida con el lobo en el reverso. *Ampurias* 31-32: 259-271.
- VIVES, A. (1926): *La moneda hispánica*. 2 vols. Madrid. (2º ed., 1980).